



OBRAS Y AUTORES:

Félix Miranda Salas: Crónicas de Rancagua

Por HERNAN DEL SOLAR

Alecloma casi siempre dar una mirada a la vida y el trabajo de los escritores de provincia. La juventud y la madurez parecen un entusiasmo por la cosa literaria que no desgasta el tiempo. Sin, ante todo, escritores, sin abandonos ni negligencias de los quehaceres que les son indispensables para vivir. Boticarios, profesores de ciencias naturales, estudiantes subitamente encantados por la literatura, comerciantes, gente quitada de tierra y a menudo sin dinero, todos se hallan tiernamente unidos. Sin, por encima de toda circunstancia, escritores. Apenas forman un pequeño grupo, se entregan por entero a su trabajo divulgador. Estudian y no se guardan sus conocimientos. Los comparten. Prestan, si la suerte les acompaña, editan una revista. Si el azar decide acompañarles con cierta generosidad, publican libros. Y los leen, los comentan, sostienen reuniones públicas para leer sus cuentos, sus ensayos, sus poemas. Y están mirando constantemente hacia la capital, hacia los escritores de diversas zonas, y rara vez lo temen al conocimiento de la literatura extranjera. No son, como antes acostumbraban otros, indiferentes al libro europeo o americano; la verdad —decían— no nos gusta leer porque no queremos influencia ajena.

Esta es historia demasiado conocida para recordarla. No es inconveniente, sin embargo, hacerlo con brevedad. Trae consigo una lección, aquí, en esta ciudad de genios que no miran hacia su vecino porque no lo necesitan. Hinchidos de lo propio, no quieren más. Y qué falta les hace siempre un poco de curiosidad, una leve inclinación hacia la cultura, un simple respeto al escritor, ese hombre o mujer sumido en las mismas preocupaciones, en un trabajo de igual naturaleza. Nadie ignora tan fuertemente nuestra literatura —la chilena— como el escritor capitalina. Si nace el nombre de un colega, parpadea, como si oyera un sútilo prehistórico.

En provincias, lo hemos observado largo tiempo, es diferente. Se conoce y se quiere conocer. Se estudia. Hay sedisidad. Lo chileno —sea literario o no— despierta interés: historia, geografía, literatura, arte, maneras de pensar y de sentir, problemas que nos conciernen. El escritor, en buenas cuentas, es hombre que vive entre los hombres. Casi nunca,

me imagino, a solas consigo, enfurruñado, y con el desdén reprendiéndole la entraña.

Aquí tenemos a un escritor de provincias: Félix Miranda Salas. Amo a su país y a Rancagua, su patria chica. Y como todo escritor debe conocer a lo que ama. Continuamente está demostrándolo. "Crónicas de Rancagua" (ediciones Talamal) es un segundo tema. A través de treinta años de estudio y conocimiento ha publicado esta obra, y además las siguientes: "Rancagua", "Santa Cruz de Triana" (ensayos de la época colonial) y estos dos tomos de crónicas rancagüinas.

Tiene otras obras: "Vargas Vila. Vida y obra de un combatiente", que obtuvo el Premio de la Sociedad de Escritores y aún no se ha editado. "Balmaceda", biografía aparecida en 1970, cuya circulación, por desgracia, quedó interrumpida. Aquí tenemos al "hombre", con sus ideas, sus preferencias, su patriotismo, su audacia, su fe en Chile. No hay en estas páginas intención política. No se compara a Balmaceda a político ninguno. Es él. Y basta para su grandeza.

Por fin, también por publicarse, está "O'Higgins. El hombre". El autor adhiere con claridad y comprensión al creder de nuestra Libertad. Es el suyo un libro que merece verdadero conocimiento.

Estas "Crónicas de Rancagua" no nos allegan al costado anecdótico de la ciudad. Miranda no relata lo anormal, pero se quiere que libro alguno por el escrito sea balago de la curiosidad pequeña, se convierta en fuese de charla de subcasa, cuando nombres, fechas y cosas ocurreron al amparo afectuoso de un buen vino. Miranda Salas, excelente conversador, sabe que toda conversación (oral o escrita) vale la pena cuando se recuerda, es decir, cuando ha enriquecido la memoria, a veces tan menesterosa. En uno de los ensayos de este libro vemos lo que para él significa la literatura. Lo dice mirando hacia uno de sus sistemas, importantísimo en su humildad. "Hay en la tinta impresa de los libros —escribe— una atracción que sólo pueden comprender quienes han estado en medio de ellos y permanecen allí casi toda una vida. La significación del conocimiento y del pensamiento escrito nos pone en contacto con el mundo de la cultura y su expresión universal, y el gozo supremo surge cuando sentimos el aleteo inmaterial que ilumina

con su fulgur mágica nuestro pensamiento. Nos sumergimos nosotros mismos y somos absorbidos por el reposo y la contemplación en un mundo que está más allá de nuestro mundo".

Confesión de un lector que medita, que navega por la tinta impresa va por el mundo, recorre el presente, se dirige al pasado y lo explora con amor de cosa viva, de ser que, invisible a veces, nos rodea y, si sabemos entenderlo, puede galatear.

No se confunda bobamente al buen lector con el "trotón de biblioteca". Este no sale de los anaqueles, los roe, los ladrilla y queda indigestado. El lector siente que el mundo se le abre y que el tiempo lo cuenta, su bella historia de que pasado y presente suele cordialmente convivir. En las páginas "Crónicas de Rancagua", la historia se hermano con aquél acontecer que es su base, su origen, y sólo puede ser imaginada. Para imaginarlo debidamente hay que refugiarse en las posibilidades valiosas de su prehistoria. Sin erismo arbitrario, con mirada segura, convincentemente adivinatoria, el cronista (buen historiador, respetuoso de lo verdadero y lo verídicos) da imágenes importantes del valle del Cachapoal, de Angostura y otros lugares, y nos lleva a existir en su misterio que se abre hacia la historia. Entramos en las "bodegas del Conde" en la Compañía, pasamos, gustosos, por los tiempos del cacique Cachapoal, vemos las parroquias, los conventos que, en la Colegio, se establecieron al amparo de las órdenes Religiosas, presentamos el paso del Cabildo a la Municipalidad, nos hallamos en un pródigo rico imperante, y vemos apreciando cada vez con mayor firmeza y autenticidad nuestro presente. Félix Miranda Salas no sólo es un gran estudioso. Es un buen escritor que no le teme —ni muchísimo menos— a su imaginación, porque ésta camina a su lado, no se le aparta, no juega con imágenes. Cuanto vamos leyendo en este interesante libro es pasado y presente de Rancagua. El acento chileno se encuentra, en cada página, no se desvanece. Esto sin necesidad ninguna de esa "chilenidad" que se vende como verdadera y suele no ser sino comercial. Escritor honesto, Miranda Salas nos conduele por momentos chilenos que importan grandemente a nuestro conocimiento histórico.

Félix Miranda Salas: crónicas de Rancagua [artículo] Hernán del Solar.

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Félix Miranda Salas: crónicas de Rancagua [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)